

Enrique Labrador Ruiz

Teoría de Blanca Nieve

A Paulino Darna



A historia clásica empieza de este modo: «Era Blanca Nieve una princesa...». Y Walt Disney, de súbito, traslada un público tocado un poco de incredulidad aun, a bordo de una alfombra estupendamente mágica—como que se trata de toda la imaginación de un hombre por excelencia imaginativo—, hacia los dominios verdaderos de la más auténtica fábula.

Juegan aquí los vocablos, porque esta «performance» del gran suceso necesita reducirse a expresión común. Que si no, mucho más práctico sería tomar del legajo de los milagros la receta potísima: el sésamo abracadabra y la varita de birlibirloque, una mezcla sensacional. Y todo ello, a cuento de camino largo, en tibia noche de andar, de andar de andar, ir deshojándolo en pausas de callado sobresalto: «Por allí viene la Maldad y por allá el Miedo, y aquello que asoma rostro de hiena es la Traición con su hermano el Engaño siempre a la descubierta. Pero no temas, Espe-

ranza Verde, que te ampararán buenas gentes de otro mundo, en tanto llegue el Príncipe de Amor que te encienda la vida con su beso melificado...». Y así, así, hasta que toda la historia quede contada, el milagro reducido a moraleja, roto el hechizo, por el suelo la ilusión y el narrador con sangre en el ojo, porque la luz de su pintura no alcanzó a escribir la otra luz sobrenatural del film simbólico.

Sobrenatural, sí. Y aunque anda en loas agudas la hazaña lograda, la maravilla contenida, la capaz realización, la técnica insuperable—recién inventada, recién construída—aquella dilatada perspectiva que abre para un arte del futuro, y en fin, esa gardenia luminosa que consiente en clavarse, donosamente, en la solapa de la cinemática actual, muy en su sitio y para horror de tanto monstruo hidrópico como puebla la fauna del celuloide, siempre será de repetir que ciertos ángulos de incidencia del talento de su creador, no cabe duda, rayan en este film y confinan con el alba de lo que excede los términos de la naturaleza. Ello es lo sobrenatural; claro que un sobrenatural cotidiano, hecho de símbolos cotidianos, de arrojo y flaquezas cotidianos, de todo lo cotidiano domesticable, en una palabra, pero con una ubicación persuasiva, ¡ay! sólo perceptible hasta un límite en el tiempo. Los días tumbarán en la arena de la tristeza ese estupendo aparato de conmovedora simplicidad que es toda conseja, y con los días ha de venir lo que los días aparejan para la angustia perpetua del hombre. Luego, será preciso res-

tituirse a la pereza simple de la dicha por un resquicio de luz buena, camino a la superviviente esperanza, por una hendidura encantada, por un silente rayo que bajado de un astro poderoso y melancólico, nos transfundiese la confortadora energía de la risa. He aquí por donde llegamos a lo sobrenatural de esta película, a quien rendimos gracias, porque ella nos depara el dulce tesoro de creer, aunque sea unos minutos sólo y con un sentido de fe muy restringido, retrotrayéndonos, cosa de sueños, al musgo primario de la niñez.

Pasado y futuro

¿Y qué cosa, sino cosa de niñez puede ser cosa de sueño y cosa de genio? ¿Acaso no es el genio un niño incontinente con muchas llaves en su mano para abrir muchas cerraduras acobardadas? La terrible cobardía de la vida tiene cerradas todas las puertas: ha de venir el genio, el sueño, el niño, el incontinente por esencia, el amoroso potencial, y con mano maestra y firme ir despojando de misterios el laberinto caótico del tiempo. Desenfrenado, abandonado ya a su superlativo impulso, su elástico dominio no tiene límites.

Esta definición del genio y sus consecuencias viene a darnos la razón de porqué vemos ponerse en pie un antiguo hechizo en esta película. Toda entregada a un extremo de rigurosa temporalidad: la luna, la noche, los astros, los días, los hombres, los sucesos—lo que compone un hecho—y toda asistida de infundio parabólico: los pájaros parlantes, los animales pensantes,

las criaturas insinuantes—lo que compone un misterio—se liga en ella una alquimia de sensaciones enternecedoras hasta lograr una perfecta resurrección mítica. En medio, las máscaras del sueño: ella, la hechizada; ellos, las siete presencias inmortales; el resto, sobre el fondo inmóvil de la anécdota, a compás y carácter.

Porque, véase como Disney infunde a sus personajes un aire característico perpetuo. A sus personajes y a sus paisajes, que son relatos también. Desde la mala reina que odia a Blanca Nieve y ordena matarla, hasta el suceso final de su vuelta a la vida, pasando por todas las vicisitudes y riesgos contingentes, todo—personaje, paisaje—mantiene al largo de la obra aquella permanencia de gesto que conviene a la maravilla elaborada en tantos años, en tantas mentes, en tantos mundos, en tantas formas, a través de toda la humanidad, para que él, ahora, pueda resolverla con la elegancia de un prestímano, en un tono general de gran artífice. De manera, se diría, que un infinito número de generaciones ha estado pensando, desde su primer abrir de ojos, en esta fábula sencilla, para que este fabulista de la luz y la voz y el ademán y la mirada y la palabra resucite ufanamente, en un minuto dichoso de su facultad creadora, toda la vieja fantasmagoría arrollada en el desván de los olvidos inmemoriales. Y así salte ella, en cinta prodigiosa, como una culebra de metal espléndida y se incorpore con morosa lentitud y vaya desatando, uno a uno, sus anillos feéricos, hasta mostrarnos el sendero escueto de nuestro primer andar

por nuestra más lejana realidad, aquella que confina con los limbos de la noche orgánica.

De este origen remoto, de este manadero humilde, el arte puro de Disney arranca hacia su excelsitud y se engancha de pronto a un trampolín cimero, a una garrocha estupendamente eréctil. ¿Qué cosa no podrá acometer, en candorosa materia, el creador de «Blanca Nieve»? ¿No tiene ya en su mano todo el espectro solar, el reino vegetal, el reino mineral, el reino de los espíritus, la voz humana y el grito de las bestias? ¿Acaso no le acompaña también la faz del Señor? ¿Quién le resiste? Ahora vendrán todos los cuentos, ¡pero todos!, los de Perrault, los de Grimm, los de Andersen... y los grandes cuentos de los grandes olvidados. La escala tónica del ensueño, la quimera, la ilusión; lo fantástico, lo ilusorio, lo evasivo... El plato repleto de manjar para grandes y chicos, pues se advierte la bancarrota de sus competidores habituales—el cine de circunstancias—ante la avalancha desbordada de su genio. Y nótese que hago abstracción también de sus anteriores realizaciones, incluso de las «Sinfonías tontas»; son cosa endeble hasta cierto punto, un poco también de circunstancias, aunque sin duda el golpe de tránsito para llegar a esto. En definitiva, hay que ir, como se ha ido ahora, a la trama perfecta, clásica, de lo secularmente bello; al entresijo animado por la simpatía duendínica del Mito; al trasiego sagaz de la Poesía.

Mito y poesía

A lo primero que lleva el Mito es a reducir lo normal a sus formas más fugitivas y perecederas; esto es, a ofrecer una suerte de crecimiento interior al órgano de su expresión, que es la fantasía. Lo prueba el hecho de cómo se destruye el rencor, la atmósfera adversa, la agresiva acritud, no bien su representación más válida en este caso, Blanca Nieve cruza el bosque y deja atrás la esencia de su personalidad ofuscada. Parece ella aquí, símbolo tierno, una cosa a la deriva; una cosa que busca su complemento en el cuarzo de los ojos que en adelante han de acompañarla sin cesar: las criaturas pequeñas, las criaturas afables, las criaturas temerosas, las criaturas cariñosas. Esta teoría de animalillos seráficos—el pájaro, el ciervo, la ardilla, el gamo; hasta el ratón, hasta la ríspida tortuga de feo cuello—que le conducen en una galopante alegría a través de la suntuosidad forestal, del perfumado manto floral, no son otra cosa que los asideros semovientes del mito. Ellos vertebran la crudeza de la vida, simplifican toda cuestión, desbastan la irritada materia del obstáculo, y en un puro juego de inocencias virginales alcanzan objetivos imprevistos. Así se dan edénicamente, de manos a boca, con la Casa de la Poesía, donde todo anda revuelto, manga por hombro, pero, sin embargo, magistralmente registrado en su fantástico valor de especie poética.

¿Y de qué otra manera sino como el recinto del

sueño tenemos que reconocer la choza encantada de los siete enanos? Cada uno representa en ella una cuerda de la lira universal, un modo propio y diverso en el concierto de las voluntades creadoras, y su casa, la Casa de la Poesía, ostenta un perfil recoleto y triste: allí está la más oculta y preciada materia de la tierra —la imaginación— abandonada por los rincones polvorientos; allí en el ensueño yacente amortiguado de olvido; allí, entre telarañas intrépidas, los élitros cantores que fabricarán más tarde la profunda alacridad de la vida. Todo es santo en su pequeñez conmovedora; nada precisa de cuidado o custodia. Tesoro común y simple, ¿quién va a robarle? ¡Ah, sólo que ni el más pequeño poeta podrá componer el más simple de los poemas si no se le acuerda allí un adarme de inspiración! Sin vana arrogancia, sin orgullo, más bien desmadejadamente, toda la poesía del mundo se va filtrando bajo aquel techo, gota a gota, en lenta clasificación, al son de un tiempo detenido. Tan sólo falta en esta Casa la Musa Tutelar, esa hija del Mito, para que como una verdadera deidad ejerza un día el imperio de su concierto, la ordenación de las cosas, el riguroso ensamble de la vida, y todo lo coloque en su sitio predestinado, desde el calcetín que rueda por los suelos al gajo de laurel sin dueño.

Blanca Nieve encarna todo eso, el juicio, la reflexión, una armonía despierta —prendas femeninas— y además encarna el sentido de la alegría colectiva, cosa también de su sexo. Ella viene a la Casa de la

Poesía, trae Poesía, reclama Poesía... y entonces, todo, a su conjuro, echa a danzar. Pues si aquellos gordezuelos demiurgos sabían seguramente hacerlo desde sus más remotos orígenes, fué preciso que la alada confianza de un ser de bien desatase en ellos los ocultos bramantes del recato, y se abriese, cuerdamente, con la rosa de su presencia tranquilizadora, una larga delicia olvidada. Al ritmo de esta fuerza órfica, hecha de miel y de sonrisas, los viejos pies sin cansancio fueron trenzando la guirnalda sensible de la danza y las viejas calvicies pequeñuelas fueron recibiendo besos amorosos que les resarcían de las fatigas dulces de sus trabajos.

Trabajo y redención

Bien sabidos cuales eran estos trabajos, ¿cómo reaccionar ante el espectáculo deslumbrador de los tesoros subyacentes? Conocido es desde la más lejana fábula, que la entraña de la tierra atesoraba para el bienestar de sus habitantes una serie de cúmulos preciosos y opulentos, suficientes para colmar la más desenfrenada ansiedad: la mina, el pozo de petróleo, las capas vegetales cuyo humus trasciende al sentido nutricio de la existencia, y aquella suerte de grandeza coronadora en la capacidad deslumbrante de las más ricas piedras, eso que la voracidad connatural del comercio llamó, más tarde, «piedras preciosas»... Pero allí vemos cómo los gnomos sabios manipulaban con absoluto desdén la industria cándida de la riqueza y cómo se legi-

timaba ella, andando el tiempo, e iba cobrando arrogancia descomunal y sentido de poderío, a golpes de secreta avaricia en la sola presumible posesión del hombre. Mientras estas pingües vetas no afloraron a la intemperie, su relativo valor no pasó de un valor entendido, estipulado en su íncita hermosura, un valor puro, fuera de mercado, un valor sólo cotizabile en la callada euforia del espíritu. No es otra cosa la alegría deportiva en el trabajo de los pacientes constructores subterráneos: ellos disfrutaban de la jovialidad de su faena, de la alegría de hacer, del fuerte goce de crear, no estando sojuzgados por leyes cruelmente imperiosas o torpes y redundantes. Basta, para su calmo trajín, que un cuco poético y cordial les marque el tiempo de su descanso, y luego, amorosamente, a cantar la vuelta a casa, a la Casa de la Poesía, porque la Poesía les reclama a toda hora... ¡At home, at home, at home!

Pero fué suficiente que la mano del hombre redimiese estos tesoros de su dulce ignorancia para que de súbito se convirtieran en estipendio de discutible posesión, en objeto de industria y palenque de empresa: la moneda, la alhaja, el título fiduciario, el título de dominio, el título de allanamiento. Por donde se llega a la aterradora evidencia que los mayores bienes devienen en las mayores simientes de discordias, al solo tránsito de su inanidad a su plenitud. Ese triste don corresponde únicamente al ser humano, por su desaperado afán de dominio, pues mientras el resto de sus

pares en la creación jugaron con el espejo de la belleza útil, él, en cambio, demoníacamente, corvirtió estas preseas unánimes en un fuerte de mortífera lucha, cuya disputa le llevó a sojuzgar todo cuanto le rodeaba. De ello nació la jerarquía, la preeminencia, la esclavitud, y políticamente, la primera garra del imperia- lismo. Chorro manante, agua mordiente y turbia, ella ya no se detuvo en su cauce ávido... Y hasta los días de nuestros días.

Me imagino que para contener la contumaz fiereza de su empuje, Gruñón y Lampiño, el rebelde y el alegre, calladamente deben estar fraguando, a golpes de su infatigable criticidad, echar abajo para siempre ese oprobioso andamiaje. Sólo que, me imagino también, esa no es tarea de enanos.